



---

# Laberintos





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Diamela Eltit**

**Laberintos**

Escritos sobre literatura,  
feminismo y política

---

*Sí, contamos cabezas, contamos cuerpos, contamos  
alientos, el tiempo del amor en múltiples  
preguntamos ¿cómo amaneció  
tu madre,  
comiste bien,  
dormiste bien,  
aún respiras?*

ALICE YOUSEF



---

## PRESENTACIÓN

Habitamos en medio de una turbulenta revolución tecnológica que día a día se profundiza y cuyo eje radica hoy en la inteligencia artificial o, más bien, en las diversas inteligencias que podrían originar un futuro regido por un Dios digital portador de nuevos designios. Simultáneamente, existen territorios que experimentan los recurrentes dramas que han atravesado los siglos: guerra, genocidio y hambre. Palestina. Coexistimos entre espacios marcados por la biopolítica y la biotecnología. Este libro recoge parte de los ensayos escritos en años chilenos recientes. Tiempos intensos, neoliberales, demarcados por la reemergencia feminista, estallido social y COVID-19. Una época lamentable por las terribles muertes masivas provocadas por la enfermedad. Y la indiscutible violencia policíaca hacia la ciudadanía durante lo que considero como la microrevolución del 19 de octubre que ocasionó muertes, prisión, daños oculares y ceguera. Y, entre estos escenarios, se cursó la comparecencia política incesante a las “urnas” electorales.

Unos años impactantes que me han permitido pensar, precisamente, el tiempo y sus signos: la repetición, la emancipación, los cuerpos, los surcos literarios, los avances

---

reparatorios y los reconocibles retrocesos. La fuerza de los poderes hegemónicos, el habitar desigual.

Me he detenido especialmente en el doblez del tiempo y en la literatura como un campo geológico que pienso que hay que explorar, atraer, releer conceptualmente para así re-conocer y examinar lo contemporáneo y sus repeticiones, atravesar los mandatos del presentismo neoliberal que desecha y sepulta memorias.

El eje que me ha movilizado es la persistencia de idénticas problemáticas sociales que, después de más de un siglo, conservan su estructura. Ha sido central la lectura o relectura de ficciones que abordan su tiempo, pero que son contemporáneos a este tiempo y, con seguridad, lo serán a cada uno de los futuros. Obras literarias que están ampliamente citadas. O la perspectiva de pensadoras feministas que ponen de relieve la necesidad de recorrer el dilema sexo-género proponiendo una posición integral.

He modificado ensayos publicados en revistas donde repito conceptos, pero he conservado repeticiones que me permiten extender lo nombrado hacia otras instancias de pensamiento.

Desde luego la división de este libro en secciones es arbitraria porque existe una red de sentidos que las conecta más allá de las particularidades del campo que las produce.

Son evidentes los apretados nudos laberínticos que transcurren en pleno siglo XXI. En su interior, el actual minotauro es la monstruosa suma conformada por la explotación, la expropiación, la discriminación, el racismo, el desprecio y el colonialismo. Senderos múltiples, diseñados y sellados mediante cuidadosos trazados, pero cuya salida, estoy segura, podría conducir hacia un espacio que impregne de poéticas comunitarias el acto de vivir.

Pienso hoy en la utopía, en ese “no lugar”. Lo pienso como un horizonte, sí, como deseo.



---

# I. LITERATURA

*La escritura es trabajo del cuerpo.*

RAQUEL OLEA



---

## TIEMPO Y LITERATURA<sup>1</sup>

Pienso la literatura como paisaje, memoria, frontera. O, dicho de otra manera, desde mi perspectiva, la literatura opera como una forma múltiple, compleja, aguda, que permite el ingreso a distintos territorios porque el ojo que lee se atraviesa a sí mismo hasta incrustarse en su particular, vasto territorio imaginario. Se detonan sensaciones, escenas que posibilitan inscribir imágenes con el poder indesmentible de la letra. Un poder que genera una resignificación de conceptos como también el acceso al conjunto de imágenes que la letra produce. Así es, pues el ojo cuenta con la capacidad de atravesar, mediante sus contornos, fronteras geográficas, hasta internarse por diversos espacios simbólicos, desconocidos y conocidos a su vez con una total convicción, tal como lo haría una tribu nómada ancestral.

La literatura deambula de manera apabullante por la totalidad de los pormenores humanos, los recorre desde dentro a la manera de un prolongado y exhaustivo escáner de última generación pero con una toxicidad bajo control.

---

1. Texto presentado en el X Coloquio Internacional de Estudios Latinoamericanos de Olomouc, Universidad Palacký, República Checa, 2024.

---

O permite el des-control. Se interna por la irrupción súbita, inesperada y esperada del deseo donde la letra traza, con maestría, la lentitud abismal de la erótica. Y puede desencadenarse un instante definitivo mediante el acto de detenerse en la materialidad de la mirada que, en su intensidad, pone en evidencia el deseo, a medio camino entre la pausa y la urgencia. O bien permite la circulación de una estela de perfume que se vuelve incontrarrestable, un perfume tan necesario como el cuerpo de una mujer árabe disfrutando el hamán.

O la erótica contenida en los sabores locales que inundan la historia comunitaria de diversas particulares geografías y que reavivan el deseo imperioso por el primer bocado, ese que resulta sagrado por la tradición de la cultura del sabor. La literatura se atrevió a evidenciar la actividad sexual como si la noche la protegiera. Cercada por lo cuatro costados, la letra abrió un pequeño surco en las convenciones porque paulatinamente incluyó el día, el tacto y el contacto. La escritura se hizo piel sin renunciar al silencio. Irritó a ciertos ojos pero no a los que se abrieron de par en par.

O en alguna de sus vías, la narración se escabulle hasta adoptar una magistral neutralidad que irrita, porque las palabras pierden sus afilados contornos. Juega con el juego o juega el juego que la desafía y propone un futuro descabezado pero reconocible en su condición acéfala. Nada queda afuera. O todo es un afuera tan tangible como la acidez de un limón en contacto con la lengua y la saliva. La familia está ahí, siempre temblorosa cruzada por los afectos, la convivencia y el miedo, recorrida por el poder trasgresivo del rencor, esa familia que cruza las páginas y aún el tiempo en una síntesis minúscula y repetida.

La literatura porta su propia historia o sus historias particulares, pero también demarca la gran historia y sus versiones, lo hace sin reproducirla protocolarmente, más

---

bien produce la gran historia, una y otra vez, se excede y se retrotrae, cansa y, a menudo, abruma, relata sus escenarios e intercala escenas que sin suceder, ya sucedieron. La decisión de la letra literaria porta una política: su política. Escoge, entre la multitud de posibilidades, su derrotero, se filia o se aleja, produce o reproduce, se hace moda o extrañeza. La letra re-pasa, da vuelta la historia y en ese giro denuncia, reafirma o se aleja. Pero también navegando entre la historia, se genera la historia literaria fundada en sus historias.

El territorio demarcado por la letra se convulsiona ante los segmentos de tierra que conforman su planeta y estalla la guerra o estallan las guerras, una y otra y otra en el interior del multitudinario manual de la muerte. Y las armas. O el crimen. Y la tiranía. ¿Qué queda fuera de la literatura? ¿Qué la acecha como deuda? ¿Será acaso la veloz tecnología la que llegará a certificar la muerte del autor y el fin de la artesanía literaria?

Hoy mismo quiero recordar aquí, desde este espacio, a Franz Kafka cuando se conmemoran cien años de su muerte, un siglo ya, y se perciben los extensos homenajes recordatorios que demarcarán el desplazamiento literario de su obra en el interior memorioso de distintos países que ya preparan intervenciones en donde el pasado y el presente se combinan para la construcción de un permanente futuro poblado por sus diversos libros, sus incesantes biografías y así el tiempo, siempre inasible, lo demarca como un contemporáneo, precisamente, por la capacidad temporal de transitar que porta su universo reconociblemente kafkiano.

No puedo dejar de pensar en otras fronteras estrechas, plenas de escollos, que asolan a literaturas de partes importantes del planeta. Entre ellas, la literatura latinoamericana y su reducción en los tiempos y en los espacios por las escasas condiciones de desplazamiento que experimenta. Así es.

---

Así ha sido. Desde luego el *boom* sesentero fue la excepción, pero junto con la excelencia de sus autores, mostró los movimientos necesarios de la maquinaria literaria que operó y que opera para su producción. Un proceso que requiere de un desdoblamiento: en una de sus partes, la construcción de autores y, en la otra, la difusión de obras.

Una mirada siempre tardía sobre el llamado *boom* permite examinar las “condiciones de producción” de esta maquinaria, me refiero a la necesidad de gestionar las redes que cruzaron las escenas y los escenarios, redes tejidas cuidadosamente para sostener libros y autores. Latinoamérica, en esos años, los sesenta, era examinada internacionalmente por sus procesos emancipatorios, la tarea de recuperación de sus materias primas y también por el triunfo de la Revolución cubana. Esos movimientos fueron claves para darle un sentido a la literatura y poner en marcha no solo a las personalidades políticas sino también ciertas producciones literarias.

El *boom* inauguró la promoción de la literatura latinoamericana. Las eficaces conexiones extendidas entre agentes literarios, suplementos culturales, editoriales, traducciones, esa gestión o esas gestiones permitieron, desde España, acoger a un conjunto acotado de autores que en cierto modo fundaron (me refiero a su impacto internacional) una literatura escrita en español. De hecho, el importante Premio Nobel recayó en dos de esos autores: Gabriel García Márquez y más tarde Mario Vargas Llosa. Pero, claro, fuera de la eficacia de esas redes quedaron escritores fundamentales como Juan Rulfo, o Juan Carlos Onetti, entre otros, entre muchos.

Desde luego, las escritoras como Marta Traba o Rosario Castellanos o Elena Garro también entre otras, entre muchas, muy conocidas y reconocidas en sus países y parcialmente en Latinoamérica no fueron consideradas

---

debido a una convención excluyente, pues la literatura se pensaba y acaso hasta hoy se piensa centralmente como patrimonio masculino.

Y es curioso porque sabemos que el primer Premio Nobel latinoamericano, que en su tiempo era ultraconsiderado, recayó en una mujer, Gabriela Mistral, en 1945, poeta chilena, premio que no ha vuelto a ser otorgado a ninguna escritora de nuestros países. Pero más allá o más acá de los premios y reconocimientos, la literatura en los países que conforman los territorios, experimentan dificultades para su circulación.

En esta ocasión he elegido detenerme en tres obras que me parecen fundamentales por sus características estéticas, sus amplias resonancias culturales y políticas cuyos autores son: Alejandra del Río, poeta, chilena, Mario Bellatin, mexicano, Matías Celedón, narrador, chileno. Estos libros pertenecen a geografías distantes, México-Chile, y mantienen diferencias, pero precisamente son los tiempos los que me permiten abordar estas producciones puesto que, más allá de sus diferencias conceptuales, sus obras atraviesan su propia historia, para citar y concitar los tiempos, los presagian, o promueven la utopía y así podemos pensarlos plenamente contemporáneos del porvenir porque portan sentidos y dobleces que estarán contenidos en los distintos futuros.

Quizás sería necesario recordar que los últimos años chilenos han estado cruzados por una intensa e inédita relación entre feminismo, política y enfermedad, situaciones tan cercanas que podrían ser definidas como superpuestas, cuya dimensión todavía no ha conseguido ser decantada, pensada, debido a la acumulación y al peso de la hegemonía neoliberal que ha diluido las analíticas al poner en su centro, como en varios países latinoamericanos, la seguridad ante la delincuencia y el crimen organizado y

---

de esa manera las manifestaciones feministas del 2018, el llamado “estallido social” del 2019 y el COVID 19 y su estela de muertes carecen de memoria y analíticas, son instancias que han sido acalladas y desprestigiadas mediante inteligentes movimientos de las elites dispuestas a borrar su incidencia y atenuar su latencia.

*Capuchita negra* de Alejandra del Río, publicado en Chile el año 2019, opera como una sede discursiva y estética para pensar los dilemas sexo-género en los que se construye el sujeto mujer. Desde luego ya sabemos que no se “nace” género, pero, desde otra perspectiva, se podría pensar que se nace género. Lo señalo porque el género es una tecnología que se adhiere en el cuerpo de las mujeres o más aún puede entenderse como una escritura que porta un cuerpo adicional que se imprime hasta duplicarse con la biología. Más allá de las modificaciones culturales, siempre en curso, también sabemos que el cuerpo de las mujeres y su trazado social es no solo conflictivo sino especialmente coercitivo y circula como una forma eficaz de dominación en la acumulación de riqueza para los propietarios, mediante salarios inferiores y trabajos impagos. Sabemos que el género hegemónico coloniza el imaginario de las mujeres y las empuja al cumplimiento de las ordenanzas, más allá de que esas ordenanzas les sean adversas a su trayecto vital. Lo que señalo es que la subjetividad de sus imaginarios es normada por las convenciones que operan como verdades y no como agudas construcciones culturales. En cierto modo se podría afirmar que el género propicia una forma de dominación automática, mediante un agudo disciplinamiento, como lo afirma Michel Foucault.

Examinando el recorrido del siglo xx, desde luego de manera parcial y acotada, es posible ver un modelo de mujer en el que participan dos instancias, una, marcada por la



---

urgencia de adquirir derechos, como fue, entre otros, el voto político que equilibró y expandió las democracias, y otra vertiente que textualiza a la mujer como la administradora del espacio privado, atada a la familia, a la emotividad y a los afectos, especialmente el amor romántico y el amor maternal. Pero es precisamente su capacidad reproductiva la que genera una maternidad excedida que la impregna y que se extiende más allá de los hijos, hasta establecerla como una sede de servicios y la transforma en la depositaria de una multitud de tareas de asistencias. La literatura como el conjunto de prácticas artísticas nunca estuvo fuera de estos requerimientos. Existe una abundante producción literaria realizada por escritoras que cursaron estos sentidos, fundados en la desesperanza ocasionada por el amor romántico.

El libro de poemas, *Capuchita negra*, que apuesta a una democratización de los cuerpos, surge en el siglo XXI, sin embargo, apela al tiempo y se funda en el famoso y complejo relato infantil *La caperucita roja* que fue recopilado desde la tradición oral por Charles Perrault en 1698, uno de los relatos infantiles más relevantes del autor. La matriz del cuento radica en cómo el astuto lobo se come a la niña y a la abuela. Más adelante, esta versión fue suavizada y la abuela y la niña salvan sus vidas. Pero, más allá de las modificaciones, el cuento puso y expuso a la niña, derribó a la abuela, demarcó las estrategias demoledoras del lobo. Lo que está en el centro del relato es la genealogía de las mujeres, la siempre peligrosa, atemporal, circulación de las niñas, el engaño, la devoración.

Esta obra de Alejandra del Río atraviesa los siglos, se detiene en ese preciso relato infantil, para construir una poética que descentra el antiguo cuento, citándolo. Se apropia de esos cuerpos pero los desplaza, ubica el hilo de sangre en un lugar protagónico, pero esta vez no corresponde a la sangre épica masculina, o a la muerte, sino a la sangre

---

menstrual que formula el rojo caperucita y así hace de esa sangre un poder y se constituye en el soporte del relato poético. Así la Caperucita muta en Capucha y desplaza el protagonismo voraz del lobo, porque en definitiva, el régimen militar es más poderoso, destructivo, devorador.

El libro recorre los años de la dictadura chilena y en ese preciso tiempo se produce la transformación y la capucha es la que ordena y relata lo clandestino, transforma al lobo en su particular compañero invadido por una erótica política para resistir la opresión y el crimen. En definitiva, se apela a la construcción de una utopía, de una existencia comunitaria, equitativa, para huir de la violencia que requiere de estrategias, de camuflajes.

La Capucha, su familia y el lobo —que esta vez es proclive por su estructura política— habitan un bosque periférico entregados a su sobrevivencia y a un tipo de resistencia. Así, se puede pensar que, en definitiva, el lobo, este particular lobo solidario, le debe a la Capuchita su vida, el equilibrio y la equidad. Que juntos pueden sobrevivir y, más aún, ejercer formas de resistencia. Que ella tiñe de rojo el horizonte por el poder que le confiere su sangre.

*Salón de belleza* de Mario Bellatin, publicada en México (1994), es una de sus obras más citadas por la condensación de sentidos que emanan de su novela. El salón de belleza y su protagonismo como sede cósmetica se constituye como el espacio material donde se va a cursar el relato. Su propietario deposita allí el encuentro entre su saber estético y la estética del lugar. La pecera y su transparencia se erigen como ornatos del espacio, pero también como signos de cautiverio o, más bien, el cautiverio como ornato que, en su transparencia y aún en su opacidad, permite ver la muerte sucesiva de los peces, la devoración, la segmentación variorica entre distintas especies, el estatus.

---

Los peces mueren y así la narración se vuelve simétrica al deslizamiento del salón hacia un espacio de muerte. El salón de belleza generado por el protagonista, es insuficiente frente a lo efímero y se presenta como el gran aprendizaje que le fue inoculado a su propietario en la adolescencia. No se trata solo de la fugaz juventud sino de la lenta muerte del deseo porque lo que tambalea es el desgaste de la vida misma.

El salón de belleza muta y se transforma en un moridero, un sitio ambiguo distante del hospital y ajeno a la religión. Un espacio de muerte para los hombres. Es un tipo de salón de muerte o la muerte de la belleza, de la seducción, del travestismo, de la noche y del sopor de los baños públicos.

Sin duda el VIH es el referente. Los jóvenes van sexualmente a la muerte, a la contaminación y a una agonía irreparable. El salón acoge la economía que porta la enfermedad, recibe bienes y dinero a costa del desmalentamiento de sus instalaciones, mueren peces y enfermos, salen los sillones, los secadores de pelo, los cosméticos. El lugar semeja una pecera cuya transparencia permite ver el arte y el desastre de morir. Se transa, mediante el pago de la agonía, el costo de la vida y de la muerte, pero también esos momentos en que la muerte se presenta unida formando una comunidad ineludible o como lo asegura Heidegger la irrefutable realidad de que somos seres para la muerte.

El narrador da cuenta del recorrido del virus, la noche, los baños públicos, la calle. Muestra, mediante el cuerpo, su valor y su desvalor y la conversión de la belleza en agonía. Asume el terror ante el contagio por parte de la comunidad sana que busca la extinción del espacio.

Pero en un doblez la novela permite pensar las antiguas pestes y sus llagas, el medioevo, las hogueras mortuorias, la ciudad apestada, la imposibilidad de acceder a las ciudades enfermas, el pasado, pero también el VIH se podría relacio-

---

nar con su futuro, el reciente COVID-19 y su contagio que ocasionó millones de muertos que carecieron de ceremonias y se amontonaron en crematorios que parecían insuficientes para contener las víctimas del virus, crematorios, que en esa circunstancia numérica semejaba las antiguas hogueras. Lo que quiero señalar es que el VIH o el COVID-19 operan como un trastorno frente al “salón de belleza”, lesionan comunidades, alteran las economías, rompen acciones comunitarias, se extiende el confinamiento, difunden la paranoia. La novela, por la decisión de su protagonista, ejerce su poder sobre las vidas, escoge quien muere “dentro” y quién muere “afuera”, ejerciendo lo que Michel Foucault llamó “biopolítica”, el control total y la decisión sobre la vida tal o, como señala Giorgio Agamben, se declara en el interior del salón un tipo de “estado de excepción” que rige el lugar limitando los accesos.

Desde luego, el centro para este procedimiento “excepcional” es el contagio viral que decreta normativas que alteran los desplazamientos y alertan a las comunidades. Pero, en otro registro más distante y mucho más especulativo, se podría pensar que hoy la latencia viral incrementa la virtualidad o es el sitio propicio para dar origen a un cuerpo virtual que opera en la construcción de un poderoso capitalismo en línea y de esa manera tranquiliza a la hegemonía ante los desmanes insurreccionales. O como lo señala Giorgio Agamben en relación al COVID-19: “la situación que crean es exactamente la que los que nos gobiernan han tratado de alcanzar repetidamente: que las universidades y las escuelas se cierren de una vez por todas y que las lecciones solo se den en línea. Que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas y solo cambiemos mensajes digitales que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto —todo contagio— entre los seres humanos”.

---

La obra *Autor material* es un libro de clasificación incierta, que podría ser catalogado como ensayo, de Matías Celedón, publicado en Chile el año 2023, es sin duda excepcional en toda la extensión de la palabra, pues, desde mi perspectiva, escenifica, mediante una interesante construcción, la posibilidad de establecer una relación conceptual, simbólica, entre ceguera social y ceguera orgánica. Este texto, desde luego, sorprendente, tiene como protagonista a Carlos Herrera Jiménez, militar con rango de mayor de Ejército, culpable de crímenes de lesa humanidad cometidos en Chile durante la dictadura.

En el prontuario del militar está contenida su responsabilidad en el crimen de un legendario dirigente sindical, Tucapel Jiménez, quien fue asesinado el año 1982, mediante balazos en la cabeza y su posterior degollamiento. Este crimen causó una notoria conmoción por la larga historia social de Jiménez como defensor de los trabajadores del sistema público. Posteriormente fue asesinado el carpintero Juan Alegría. Su muerte fue consignada como un suicidio. En su casa, se encontraron pertenencias de Tucapel Jiménez y la pistola que se usó para darle muerte, objetos que lo implicaban como culpable del crimen del sindicalista. Pero rápidamente se descartó esta posibilidad y pudo quedar en evidencia que se trató de un montaje, de un crimen más para encubrir el asesinato del dirigente. Mucho más adelante, Carlos Herrera Jiménez fue condenado a cadena perpetua por ambos asesinatos.

Este oficial está actualmente detenido junto a otros integrantes de las fuerzas armadas, culpables de crímenes de lesa humanidad cometidos bajo dictadura, en un penal llamado Punta Peuco, por el lugar donde está ubicado, un recinto que porta muchas más comodidades que las abarrotadas cárceles de presos comunes.

---

El escritor Matías Celedón, a través de la lectura de una revista, *The Clinic*, se enteró de que Herrera Jiménez leía textos literarios que después enviaba para formar parte de la biblioteca para ciegos. Matías Celedón acudió a la biblioteca y pudo acceder a las grabaciones. De esa manera se originó el libro.

El autor organizó su obra mediante la inclusión de fragmentos de esas lecturas, cada uno de ellos muy significativos. Escribió ensayos donde puso de relieve las acusaciones y mediante un código inserto en el libro se puede acceder a la voz lectora de Herrera Jiménez.

Es un libro, por decirlo de alguna manera, abierto.

Su lectura me condujo de manera directa a la ceguera no solo concreta, orgánica, sino también a la ceguera simbólica. Efectivamente, el prolongado tiempo de la dictadura se escudó en la ceguera con respecto al terrible efecto de vulneraciones a los derechos humanos que afectó a miles de personas, detenidos-desaparecidos, asesinados, presos políticos, exiliados. Los admiradores del régimen han dicho de manera unánime que no sabían. O dicho de otra manera “no vieron” los abusos, lo que se puede definir como una deliberada ceguera social.

Por otra parte, los ciegos escuchan una voz que les permite el acceso a una obra literaria, pero no ven al lector, porque el protagonismo lo tiene la voz. Se trata de una relación muy compleja porque habría que recordar que la tortura se caracteriza por una venda en los ojos de las víctimas, para no ser reconocidos.

El texto permite “ver” aquello escamoteado, pensarlo, abrir una ventana o un haz de luz en torno a la visión, al ojo, a la ceguera. El ojo, la mirada, la ceguera, la oscuridad, son una constante en la historia literaria. Quizás la experiencia más rotunda y fundante radique en Edipo y su mirada fallida, una mirada que no vio lo que tenía que

---

observar, el crimen del padre que originó la tragedia, que no atendió al Oráculo que sí veía el curso de las vidas. Ese Edipo ciego, incestuoso, cursó una ceguera simbólica que detonó la ceguera orgánica. Es una referencia no lineal que sí puede establecerse como relación y que además es fundante de literatura, esa literatura a la que se volcó Herrera Jiménez para generarse como un lector que fue desenmascarado por otra lectura que no quiso ser ciega —la lectura de la revista con la noticia que leyó Matías Celedón— y develó una identidad que trabajaba la impostura y constante camuflaje. Su ficción fue desbaratada por la propia literatura.

Buscando anudar los pliegues y sentidos de los tiempos, vuelvo a pensar la poderosa revuelta chilena del año 2019 o la microrevolución, como la he denominado. Fue un tiempo impactante, masivo, multifocal, la calle, la reescritura de la fachadas, la proliferación territorial, el des-orden incesante. El neoliberalismo radical mostró sus efectos en los cuerpos que poblaron los días. El sistema oficial, y su estructura, mostró sus lastres y más aún su incapacidad. Rancière lo señala de manera clarificadora cuando afirma: “La política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de los que no tienen parte”.

Este des-orden fue interrumpido por la violencia de la policía y la violencia del COVID-19 que obligó al confinamiento. Pero quiero detenerme aquí en la policía y su objetivo. Hubo miles de personas detenidas, heridos, hubo muertos, pero, de manera inédita, se repitió un inusual y deliberado ataque policíaco: los ojos. Más de cuatrocientas personas resultaron con daño ocular y allí dos casos muy sensibles de ceguera total, el estudiante Gustavo Gatica y Fabiola Campillai, una trabajadora que fue atacada cuando se dirigía a su trabajo.

---

Los ojos, la ceguera, impedir que se vea la injusticia social, la intervención de la policía cuando la política se desarma a sí misma y muestra la crisis generada por la desigualdad, me permitió pensar el doblez del tiempo o de los tiempos, su repetición, la vocación incesante a la violencia que se extiende desde la pérdida de la visión hasta la producción de una impactante y constante ceguera social.